DE LA AFICIÓN Y AMOR A MARÍA

por el

V.P. JUAN EUSEBIO NIEREMBERG
de la Compañía de Jesús

EDITORIAL APOSTOLADO MARIANO
C/. Recaredo, 44 - 41003 Sevilla

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA
ISBN: 84-7770-582-3
Depósito legal: M. 23.271-2001
Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

DE LA AFICIÓN Y AMOR A MARIA

CAPÍTULO PRIMERO

Cuánto debe ser amado Dios, por querer tanto como quiere que amemos y sirvamos a tal criatura como su Madre.

Entre las grandes y tiernas demostraciones de amor y nunca pensados beneficios con que singularmente ha sido el género humano favorecido de Dios sobre las otras naturalezas intelectuales, hasta el más alto serafín, y por los cuales le debemos el amor de todo nuestro corazón y de infinitos corazones que tuviéramos, es uno de los mayores haber criado de nuestro linaje tal criatura como María Santísima, Virgen de vírgenes, admiración y pasmo de los ángeles, gloria de los hombres, ostentación de la omnipotencia divina, a quien escogió por querida Madre nuestra. Y una de las inopinables dichas de que gozamos los que estamos en la ley de gracia, y de que nos pudieran tener grande envidia los santos de la

ley antigua, es alcanzar nosotros a esta gran Señora, y conocer tan singular y primera hechura de Dios. Por cierto que carecieron los patriarcas antiguos de un incomparable bien en esto; porque los podemos considerar como huérfanos sin madre, y sin un excelentísimo motivo de admirar, engrandecer y amar a Dios por tan estupenda obra y ostentación de su omnipotente mano, infinita sabiduría, e inmenso amor de sus criaturas; pues para consuelo y honra de ellas crió una tal, en que sobre todas juntas resplandecen con muchas ventajas su infinidad y todas sus perfecciones: porque, si por los efectos se divisa su ser incomprensible e infinito, ¿dónde se puede descubrir más que en aquel que es el mayor de todas las puras criaturas juntas?

¡Oh, gran Dios! ¡con cuántas obligaciones y ejecutorias demandas mi amor! Yo me doy por vencido por esto sólo, porque criaste tal a María e hiciste Madre tuya, y me la diste por Madre mía. Quisiera agradecerte con infinito amor, y de infinitos corazones, este tan gran bien, que no sólo criaste a María para que más te amase y reverenciase yo, sino que quisiste que esto fuese amando y reverenciando a ella. Gracias a tu infinita bondad, que no

sólo quieres ser amado en ti, sino en nuestros beneficios, y efectos de la omnipotencia divina; que no sólo podemos amar a Dios en Él, pero que gusta y manda Su Divina Majestad lo hagamos así y nos encarga que le amemos y reverenciemos y sirvamos amando y sirviendo a María, librando en ella las deudas infinitas que le tenemos; porque Él se halla deudor a esta criatura con la mayor deuda que hay, que es de hijo, porque es deuda no menos que de la vida. ¡Oh, buen Jesús! si a los que te quitaron la vida hiciste bien, a la que te la dio, ¿cómo puedes dejar de ser agradecido? Si a nuestros enemigos mandas que amemos, a tu Madre, ¿cómo te holgarás que la tengamos afición y amor? Ea, hijos de Eva, desempeñemos a Jesús amando y sirviendo a María de lo que Él le debe; y desempeñémonos a nosotros de lo que debemos al mismo Jesús: porque aquel Señor a quien debemos todos, es deudor sólo de María, en quien traspasó nuestras deudas.

Debemos este gusto a Jesús en lo que tanto y tan justamente desea, de ver servida a su Madre; y miremos por qué lo desea, que no sólo es por desempeñarse Él de lo que la debe, sino porque le empeñemos más con este servi-

cio a hacernos nuevos beneficios. Demos este gusto a toda la Santísima Trinidad, reverenciando a su templo. Demos este gusto a los ángeles, reconociendo a su Reina. Demos este gusto a los santos, amando a su Madre. Demos este gusto a todas las criaturas, honrando la que es honra de todas. Todas las cosas nos exhortan y fuerzan a esto con su ejemplo. El Padre Eterno la ama como a querida hija y la primogénita de las criaturas puras. El Hijo de Dios la quiere como a madre, que lo es verdaderamente muy tierna y amada. El Espíritu Santo como a esposa, estimando más a ella sola, que a los santos todos y las jerarquías enteras de los ángeles. Los espíritus soberanos la tienen amor como a legítima Reina. Los mayores santos la tuvieron por más que madre. Y ella, finalmente, merece nuestro amor por innumerables títulos, porque cuanto debemos a nuestro Redentor, debemos también a María; porque no nos hace su Hijo bien alguno, que no sea por su Madre; porque así como la causa de nuestra perdición fue Adán, por persuasión de Eva, así ha ordenado Dios que la causa de nuestra salvación sea Jesús, interviniendo María. Merece, pues, nuestro amor por los beneficios que nos ha alcanzado;

por los bienes que en esto granjearíamos; por lo mucho que nos ama y está solícita de nosotros, siendo nuestra abogada; por su grandeza y dignidad; por ser nuestra Reina; por ser nuestra Madre; por su hermosura de alma y cuerpo; por su admirables virtudes; por su grande agradecimiento; por ser honra nuestra; por ser gusto de Dios, y por el amor que a nuestro Redentor Jesús debemos, por el cual hemos de amar a su Madre, aunque ella no fuera tal, si nos hubieran así obligado.

Estimemos gozar nosotras lo que tanto desearon los Padres antiguos. Estimemos haber nacido en tiempo que está coronada María por Reina de misericordia, a la cual los ángeles desearon ver por millones de años; y agradezcamos a Dios este merced que desearon tantos santos patriarcas y profetas. Estimemos vivir en estos postreros años dichosísimos, por alcanzar a esta Señora, por la cual los santos son más santos, y muchos que no fueran santos, por estar María en el mundo, lo son: muchos que no se salvaran antes, ahora se salvan por María. Hasta los mismos condenados deben tener por dicha haber nacido en estos tiempos, que no haya quien no alcance la piedad y clemencia de

María; porque a los mismos que se han de condenar les tiene compasión, librándolos en esta vida de muchas tribulaciones y trabajos, como compadecida de los que después han de tener por no haberse querido aprovechar de su misericordia; o les acorta de compasión la vida, porque no se condenen con más pecados; y, después de caídos en el infierno, deben a María que no les castigue Dios tanto como merecen, porque la pena menor con que dicen los teólogos que Dios castiga a los condenados, y el premio mayor con que galardona a los bienaventurados, deuda es y beneficio que se debe ahora a esta Señora. Y si (conforme a San Ildefonso) de alguna pena accidental aliviase a los condenados, más razón hay para entender que regocijará en el cielo a los bienaventurados con nuevos premios accidentales. Pues los que van al purgatorio ¡qué largo que lo penaban antiguamente, cuando no había María que intercediese por ellos! Mas ahora con su piedad les abrevia aquellas penas, y los consuela en ellas. Para todos son dichosos estos tiempos del reino de María, después que ella manda en el cielo y en la tierra.

CAPÍTULO II

Cuánto gusta Dios que amemos y sirvamos a María Virgen y Madre suya.

Veamos ahora más en particular, por qué gusta tanto aquel Ser infinito e increado de Dios, que amemos y sirvamos a una criatura, que aún quiere que en muchas cosas no las hayamos con Él inmediatamente, sino es por medio de María, y que en parte dejemos a su Majestad Divina, por servir a ella; lo cual no es dejar de servir a Dios, sino servirle más, porque es servirle como quiere: porque así como muchas veces ha gustado cómo algunas almas santas le dejen en la oración y se deshagan de sus tiernos abrazos, porque vayan a servir a un hombre, o a obedecerle y reverenciarle, con mucha razón ha gustado que dejemos de acudir a Él inmediatamente, porque reverenciemos a su Madre; y así, muchas cosas que si las pidiéramos sin mediar ella, nos negará, por sólo que acudimos a ella nos las concede con gran gusto: lo cual es clara señal de lo mucho que se agrada de que la sirvamos, y que si amamos a Jesús, hemos de amar a su querida Madre; pues nos ha puesto tal

celo para servirla, como es nuestro interés y valer algo con Él, recabando lo que pedimos. ¿Quién no ve la infinidad de milagros y prodigios que se hacen cada día por medio de María? Porque si se consideran las imágenes milagrosas que hay, son muy pocas las de Cristo e innumerables las de la Virgen, y más frecuentadas y famosas por hacerse en aquellos lugares más y mayores milagros. ¡Oh humilde Jesús! si de los otros Santos dijiste que harían algunas mayores maravillas que las tuyas, ¿por qué no habías de hacer esta gracia a la que te parió de sus entrañas, y es la más santa de los santos, que hiciese mayores maravillas que las tuyas y las de todos los santos juntos, como lo experimentamos hoy en día?

Y no es esto sólo querer cumplir Dios con los hombres; no es sólo querer edificarnos aquella infinita santidad de Jesús, con esta su humildad y respeto que tiene a su Madre, y honra que hace, queriendo darnos ejemplo de honrar a quien quiera que honremos, porque muchas más cosas hace por María que nosotros podemos entender. Porque no sólo los milagros que hace cuando pedimos algo por su intercesión nos los alcanza ella; pero aun todas las maravillas por medio de los

demás santos, y de sus imágenes de crucifijos, y todo lo que le pidamos a Él inmediatamente y a otros santos del Cielo, aunque no nos acordemos nosotros de la Virgen, ni se lo pidamos a ella, no lo hace Dios sino intercediendo su Madre Santísima; porque ella es tan Madre de los hombres que, aun sin acordarnos nosotros de ella, su amor no se olvida de nuestras necesidades, estándonos recabando de su Hijo millones de mercedes que no entendemos ni sabemos; porque es tanto lo que ama Dios a María, y lo que gusta que le amemos y sirvamos, que ha determinado de no hacer ni conceder gracia que no sea por su medio: por lo cual dijo San Bernardino, que tenía jurisdicción en los dones del Espíritu Santo. Todo esto que he dicho no es sólo piedad quererlo entender así, sino verdad muy fundada en el sentimiento común de los Padres de la Iglesia, que no se despacha gracia del trono de Dios, que no sea por María; pidiendo ella para nosotros las mercedes, que aun no la pedimos, ni es posible que la pudiéramos pedir tantas gracias como ella nos recaba, estando continuamente alcanzándonos mil bienes y haciendo oficio de solícita y tierna Madre, cuando más descuidados esta-

mos; de modo, que de ella pende todo el bien del mundo.

¡Oh dulce ocupación (si así se puede llamar a nuestro tosco modo de entender) es esta de María mi Madre y de todos los pecadores! ¡Con cuánto gusto suyo muestra a su Hijo sus purísimos pechos, que le dieron leche, y le hace amoroso cargo de los días que le hospedó en sus entrañas; de las veces que le tuvo en su seno; de los tiernos abrazos que le dio, de los pañalitos en que le envolvió con grande amor; de los vestiditos que le hizo; de las veces que le aderezó su comida; de los trabajos que pasó por Él desterrada de su casa y patria (que para el amor que tenía al encerramiento, no sería de suyo poca mortificación para tan pura y modestísima doncella); de los pasos que dio, siguiéndole en su predicación; de las lágrimas que derramó en su Pasión; porque para nuestro bien se aprovecha de todos sus servicios; y quiere la humildísima María hacer ostentación delante de su Hijo, de todo lo que hizo y padeció por Él, por criarle y guardarle la vida, para ejecutarle por nosotros como por justicia, haciendo memoria de lo que la debe, siendo así que todo lo conoce ella por beneficio de Dios.

Todo bien nos hace María, porque en todo lo que hace Dios, ella interviene con grande deseo de nuestro bien; porque como sabe que por la reverencia que la tiene su Hijo, y deseo que tiene de honrarla, ha determinado de no hacer merced que no sea por su medio, no se descuida punto en esto, porque no se eche de ver falta alguna; antes tiene tal gracia y tan buena mano con su Hijo, que nunca ha sentido el mundo más bueno, ni más misericordioso a Dios, ni recibido de Su Majestad más mercedes, que después que en él está María, y subió a los cielos; la cual ha sabido bien hacer lucir la bondad y misericordia divina.

Verdaderamente bien supo Dios a quién encomendaba este cuidado en el tiempo de la ley de gracia, cuando quería ser más liberal y misericordioso. Bien conoció a María para fiar de ella su honra y el cumplir con los hombres, ya más preciosos delante de sí, después que los vio comprados y apreciados a peso de la sangre de su Unigénito querido. Bien entendido tuvo cuán piadosas entrañas tenía para que fuera de su limosnera y la repartidora de la infinitas riquezas de misericordia; y así fue altísimo consejo y acertada elección de la bondad divina, cuando quiso que fuese su miseri-

cordia mayor, fiar todo este atributo de la facilidad y ternura de entrañas de una blanda y piadosa doncellita, y que era de nuestro linaje, esto es, de nuestra propia Madre, y más, Madre que tanto nos quiere. ¿Puede ser en el mundo mayor ventura que la nuestra? ¡Que tenga tanto poder la que es más que nuestra madre carnal, la que nos quiere más, la que desea más nuestro bien, y más viéndose así obligada por razón de este gran oficio que tiene de ser la limosnera de Dios y la dispensadora de sus misericordias! ¡Oh amantísima Madre mía! ¡Oh Señora mía! ¡Oh consuelo y alegría mía! ¿Que era menester estar obligada a hacerme bien por razón de vuestro cargo, que porque no echéis en falta la misericordia divina os dais prisa en hacerme misericordia? Bastaba, por cierto, sin más obligación, vuestra ardiente caridad, que no os dejará estar olvidada de las necesidades de aquellos que quiso tanto vuestro querido Hijo Jesús, que dio por ellos su sangre y vida. No espera tanto vuestra misericordia, que fuese menester a que nos acordáramos de nosotros mismos, y de pediros vuestra ayuda: aun sin esta obligación y cargo, tan conforme a vuestro gusto que tenéis, se anticipará vuestra in-

tercesión, como ahora lo hacéis, recabándonos más bienes que sabemos ni podemos saber, esto es, cuánto bien Dios nos hace.

Pues si esto es así, ¿por qué había Dios de disimular el que fuéramos desagradecidos a tan grande bienhechora, a tales entrañas de madre y a tan cordial solicitud? ¿cómo podía callar, y no significarnos algo de lo mucho que debemos a María, para que la fuéramos agradecidos? Cosa muy suya es esta piadosísima y tan hacendosa y cuidadosa doncella de nuestro bien; no es menos que su Madre; y, como le toca tanto, quiere que se agradezca lo mucho que la debemos, y su misericordia y solicitud de nosotros; y esta es una causa porque gusta con tanto extremo de que amemos y sirvamos a María, porque gusta mucho de la virtud del agradecimiento, y más para con quien le cae tan de cerca, y de quien Él gusta tanto, y gusta más por su inopinable caridad que por haber nacido de sus entrañas. Por lo cual, así como todas las cosas se nos conceden por María, es gran gusto de Dios que en todas acudamos a ella; y así, en tocando en cosas de recabar algo de su Majestad, es negocio éste que toca a su Madre; y quiere que a ella imploremos, y que la hagamos todos los servi-

cios que podamos; no tan sólo porque por este modo se negocia bien, porque ella, así como así se tiene cuidado, y mayor que nosotros mismos, sino porque la seamos agradecidos con esta memoria suya y confianza de la intercesión, y con tener ley cariño a quien tan amorosa y fiel nos es.

CAPÍTULO III

Por qué gusta tanto Dios que amemos y sirvamos a María Virgen Santísima.

Fuera de lo que gusta Dios de vernos agradecidos, son otras muchas causas por las cuales huelga de que reverenciemos y sirvamos y amemos con gran ternura y ley a María, porque no sin mucha razón había de fiar de nosotros tanta honra como quiere que se haga a una criatura y dejarnos entregarla tanto nuestra afición y amor. No sin causa aquel Señor, que aunque es liberalísimo de las demás cosas, es tan escaso y celador de su gloria, que dijo que no la daría a criatura, se había de

ablandar en haber dado tanta a una doncella, que pueda parecer la ha dado mayor que reservado para sí, pues mayores obras hace y quiere hacer por María que hace por sí mismo. Y por mejor decir, no hace nada de gracia y misericordia (en la cual consiste su gloria, según San Pablo), que no sea por María, si bien fue infinito bien y misericordia que nos hizo de una vez en cometer a tal criatura, y tan suave y misericordiosa Madre nuestra, este cuidado de hacernos bien por ella siempre.

Y para esto, ¿qué mayor causa y razón que ser María Madre suya, y más tal madre, que, aunque no lo fuera, merecía su suma santidad la honra que la hace su Hijo, y quiere que la hagamos? ¿Qué mayor causa que la obligación de Hijo? Porque el humildísimo Jesús que honra tanto a los que no debe nada y los que fueron sus enemigos y esclavos del demonio, concebidos en pecado, que quiso que hiciesen mayores maravillas que Él, como se vio en San Pedro, que tan poco había que se perjuró y negó a su maestro tres veces, y después no sólo con la orla de su vestido, sino con su sombra, en tocando a un enfermo, sanaba a todos los que le esperaban; lo cual no llegó a hacer Cristo. Pues, ¿cómo no había de querer este Señor

honrar a su Madre, a quien debía tanto y no fue concebida en pecado, ni jamás le tuvo, y le fue fidelísima y santísima siempre? No se contentó Jesús con sólo enseñarnos de palabra, sino con la obra quiso edificarnos; y así lo hace ahora aun estando en el cielo, cumpliendo lo que se dice en el cuarto precepto de honrar a los padres, honrando él tanto a su Madre, y queriendo que la honren tanto sus redimidos: porque si se humilló a querer ser bautizado de San Juan, y se arrodilló a los pies de los discípulos, dando tanto honra a sus siervos, a los cuales no debía nada; a su Madre, a quien era en cargo la vida, ¿cómo no había de honrar y querer que todos lo hiciésemos? Y pues en otros preceptos y virtudes en que iba menos, nos dio ejemplo con grande humildad; en esto, ¿cómo podía descuidarse?

Nadie podrá entender bien esta razón, que no tuviere entendida la inmensa humildad del Hijo de Dios y su sumo agradecimiento, y por otra parte la grande obligación que hay de honrar a los padres, que es la primera después de honra que se debe a Dios, y la juzgaron aun los gentiles por infinita, y lo bien que hizo la Virgen oficio de madre. Pues así como no ha habido en el mundo hijo más hijo que lo fue

Jesús de su María, ni más humilde, ni más agradecido, ni más santo, ni más honrado, ni que más amor tuviese a sus padres; y por otro lado, no ha habido en el mundo madre más madre, que lo fue María de Dios, ni mejor, ni que más amase a su hijo, ni que más se haya obligado, ¿qué honra podrá Jesús dejar de hacerla? ¿qué agradecimiento podrá dejar de tenerla? y ¿qué gusto recibirá de que todos honren a su Madre, a quien debe más que hijo nacido? porque, como le parió virgen, no se parten en Jesús las dos obligaciones, según la carne de padre y madre; pues el amor y reverencia, que otros hijos han de dividir entre dos, en el Corazón de Jesús se unen para honrar a María. Fuera de que otros hijos no deben a sus madres particular voluntad de haberlos querido engendrar a ellos más que a nosotros. Porque Jesús debe a su Madre, no sólo haber nacido de sus entrañas, sino también esta particular voluntad de haber querido ser madre de Él, y no de otro; porque por haber dado ella su consentimiento, nació Jesús en el mundo. Y así se ha dado el Hijo de Dios tanto por obligado, que no se harta de serla agradecido y honrarla; y, no contentándose con lo que la honró en vida, al partirse de este mundo dejó

sustituto de su amor y reverencia al discípulo más amado y en él a todos sus fieles, para honrar a su Madre, aun después de muerto, en todos sus miembros, que quiere que seamos sus hijos, porque quedamos en su lugar; y la obligación que Él quiere pagarla, es la de hijo.

Los filósofos de la gentilidad decían que la obligación de hijo era infinita y la segunda después de Dios, y que se habían de reverenciar los padres como a dioses; pues cierto es, que no faltó Jesús en obligación de hijo, y que miró a María como a quien debía casi infinito. Y aunque es verdad que el Verbo no tuvo a su Padre obligación por su generación divina, ni le debió respeto de causa natural, ni moral, porque no fue engendrado libre y voluntariamente de Dios ni causado de Él. Pero en la filiación humana de María, mirola como a quien debía infinito, habiendo recibido de ella la vida y el ser hombre y como quien fue causa de su naturaleza humana, no sólo natural sino moral, porque voluntariamente le quiso engendrar, teniendo de esta manera Dios semejante obligación a una Virgen que las criaturas tienen a Dios.

Allégase a esto, que más debe Jesús a su Madre de bienes temporales, que hijo ha debi-

do a sus padres; porque de María recibió una excelentísima naturaleza y complexión humana, que si no muriera violentamente, viviera centenares de años. Recibió de ella la mayor nobleza y la más real sangre del mundo. Recibió de ella ser legítimo heredero de un poderoso reino. Pues si Dios honra y premia más de lo que merecen los méritos de cualquier justo, donde debe tanto y con esta obligación que llaman infinita, ¿qué no hará? Si Dios no tuviera ser de sí mismo, sino que tuviera madre necesariamente, ¿qué honra no la hiciera, y debía hacerla? Pues ya que tiene madre voluntaria, donde es mayor la obligación, ¿cómo podrá hacer menos, sino darse por muy obligado? Porque este es estilo de la infinita bondad divina, no mirar sus beneficios sino nuestros servicios, para premiarlos, como si él no hubiera hecho nada en nosotros, ni por nosotros. Nunca quiere descontar nada en los que parece que recibe, por lo que él verdaderamente nos da. ¡Oh liberalísimo Señor, que tanto gustáis de deber a vuestra Madre, que no os acordáis de lo que ella os debe! Dadme gracia que me acuerde yo de lo que debo, para que os lo pague en su amor y servicio, que esta satisfacción de mis deudas os será gratísima.

CAPÍTULO IV

De otras causas porqué quiere Dios que amemos a María Virgen Santísima.

Pero aun fuera de ser María Madre de Dios hay otra grande razón, por lo cual gusta Su Majestad que la amemos y admiremos, por ser la mayor obra y más prima hechura de su mano entre todas las criaturas puras, en quien más empleó todo su gran poder y saber, para sacar una obra perfectísima, que fuera ostentación y gala de su omnipotencia. Hizo verdaderamente Dios a María para vistas, obra muy suya y remirada, en cuya comparación toda la hermosura del cielo, toda la luz del sol es escoria, toda la alteza de los serafines y la santidad de los santos no tienen comparación. Pues como la hizo Dios para muestra y prueba de su infinita sabiduría, y donde más campea y luce su bondad, es grande el gusto que recibe que la estemos admirando y alabando: porque ¿qué artífice hay que no quiera alaben una obra singular que haya hecho y de quien más se precia? Porque toda la loa y honra viene a redundar en su propia persona; y es así, que quien honra a María, honra a Dios, honra

a todas las personas de la Santísima Trinidad, porque toca muy especialmente a cada una, y es cosa muy propia suya. Honra al Padre Eterno, por la hechura de tal criatura y la gloria de tal Hijo. Honra al Hijo de Dios, por la elección de tal Madre y la primogénita de su redención. Honra al Espíritu Santo por el amor de tal Esposa y habitación de tan limpio tabernáculo. Honra a todas tres Personas, por la compañera que escogieron de sus obras. Al Padre, por levantarla a ser Reina de lo que crió y admitirla que fuese Madre de su Hijo. Al Hijo de Dios, por tomarla por Corredentora del mundo, en cuanto su ayuda de ella para los del mundo, en cuanto se ayuda de ella para los misterios de nuestra salud, aplicando con eficacia sus infinitos merecimientos por quien ella le pide. Al Espíritu Santo, por escogerla por universal instrumento de la comunicación de sus gracias y dones.

Demás de esto, en el acatamiento divino no es pequeña causa nuestro provecho y utilidad; y como sabe Dios lo mucho que interesamos en servir y amar a su Madre, es grande el gozo que recibe en vernos muy aficionados a ella. Fuera de esto, la Virgen Santísima es con justísimo derecho nuestra legítima Reina, Se-

ñora de todas las criaturas y Emperatriz de los serafines y todos los demás ángeles y hombres. Pues si a los ángeles y bienaventurados debemos gran veneración con ser consiervos nuestros, a la que es Reina de todos, ¿con cuántas más ventajas había de querer Dios que la reverenciemos y amemos? Porque si Cristo Jesús se hizo tan de parte de los reyes y superiores; y gusta tanto de la obediencia, reconocimiento y ley con los mayores, que encargó por sí y por sus Apóstoles reverenciarlos y obedecerlos, aunque fueran malditos e infieles, que les tuviéramos semejante respeto que a Él mismo; y Él, con ser Señor del mundo, los quiso obedecer para obligarnos más con ejemplo, claro está que a la que es más señora y más reina nuestra y superiora en todo, que había de gustar que la reverenciemos con toda nuestra alma y que la tengamos grande ley y amor. Finalmente, por el amor que Dios tiene a María, quiere que todos la amemos: porque así como la ama más que todo lo criado, sobre todos los espíritus y almas santas, así quiere que no tengamos cosa más amada. Pues si amamos a Dios, y es gusto suyo que amemos a María, ¿cómo podemos dejar de darle este contento, y más, pues amando a su Madre, no

dejamos de amarle a Él, antes le amamos como Él quiere, y es para amarle más?

Este contento que tiene Jesús de ver querida a su Madre, lo ha declarado con varias demostraciones muy tiernas que ha hecho con sus santos, remitiéndolos a su Madre por el remedio y consuelo de sus tribulaciones, no queriendo Él dar por sí inmediatamente, para que con esto la cobrasen más cariño, como sucedió con Santa Gertrudis varias veces. Pero entre todas fue singular demostración, cuando Cristo pidió a su Madre mirase por la Santa y recibiese su afecto, como si no bastara que le recibiese el mismo Señor y se contentase en ello. Vio una vez esta gloriosa virgen al dulce Jesús, que con grande amor y regalo abrazó a su benditísima Madre, haciéndola tiernas caricias de amado hijo; y luego la dijo amorosamente: Acordaos, Señora madre muy querida, que por Vos he tenido yo misericordia de los pecadores, y mirad con tal afecto a esta mi escogida Gertrudis, como si todos los días de su vida os hubiera siempre servido y agradado con suma devoción. Por cierto que es grande señal de lo que quiere Jesús que amemos a María, ver que así quiere que María nos ame.

CAPÍTULO V

Del amor que toda la Santísima Trinidad tiene a María Santísima, por el cual quiere que la amemos.

Consideremos qué grande y tierno sea este amor que Dios tiene a María, para que imitemos el ejemplo que nos da de amarla; y hallaremos como la ama con todas las maneras posibles y todas las especies de amistad que cuentan los filósofos. Tres son los géneros que hay de amor: uno natural, otro útil, otro de amistad, pues por todos estos títulos ama Dios a María con infinito afecto y ternura, y en cada género con todas las especies que encierra. Empecemos por el amor natural, que se funda en el parentesco, o en la afinidad, o en el nacimiento; y son los más estrechos el amor de los padres con los hijos, el de los hijos con los padres, el de un esposo con su compañía, y el que se tiene a la patria. Cualquiera de estos amores es muy debido y de suyo vehementísimo y perseverante: ¿qué será cuando se amontonasen en un sujeto, como se juntan en María para ser amada de Dios? Porque ella es hija especialísima y muy amada de Dios Pa-

dre; y ella es madre natural de Dios Hijo, a quien dio cuerpo y vida nueva; ella es esposa fidelísima del Espíritu Santo; ella es como la patria de toda la Santísima Trinidad, pues es su domicilio lugar más amado: porque si bien es verdad que como Dios no tiene origen ni hay tampoco lugar donde le tuviese; pero ha querido tener equivalente, esto es, adonde tuviese su cariño, en quien con particularidad habitase y fuese como su patria querida; y así como el pájaro tiene su querencia y casa y la tórtola su nido, así también tiene Dios, según David, los altares por manida y lugar propio. ¿En qué altar ha estado con más gusto que en el corazón de María? ¿Qué nido más dulce para el Espíritu Santo que la pureza de esta doncella, cuya alma es el templo más estimado de Dios? Veamos qué finezas y extremos han hecho los hombres poseídos de algunos de estos afectos, esto es, o del amor de los hijos, o de los padres, o de los esposos, o de su patria y casa, para que de aquí colijamos qué harán todos juntos, y más en Dios, donde su inclinación es amor.

¿Qué no han hecho los padres y madres por sus hijos, estimándolos más que a su vida? A Agripina dijeron que un hijo suyo

había de ser emperador, pero que a ella le costaría la vida; mas pudo tanto en su corazón ver honrado a su hijo, que respondió: "Como mi hijo suba al imperio, muérame yo luego". Y Betsabé ¿qué diligencias no hizo por que reinase su hijo? ¡Oh Padre de las lumbres! ¿qué gusto tendrás en que tu Hija primogénita y mayorazga de tus misericordias, entre las criaturas la más querida, reine e impere en el mundo, y que en la tierra y en el cielo y en el infierno se reverencie su nombre y se inclinen de rodillas? Porque aunque es verdad que no sea María hija natural de Dios, es hija propiamente y en todo rigor por adopción, y la filiación adoptiva de Dios es más intima y mayor que la natural de los hombres; y en la Virgen es mucho más estrecha: porque no sólo la prohijó Dios por hija, sino por hija primogénita, y su mayorazga y universal heredera; y así la levantó al trono de tan inmensa gloria, para que imperase sobre todos los ángeles.

Otra cosa es ser Dios hijo de María, porque es hijo natural de ella, por cierto título de inexplicable amor, en que excede sin comparación alguna a todo respeto que los hijos han tenido a sus padres. El emperador Alejandro

Severo tuvo tanto amor a su madre, que pasaba por cuanto ella disponía en el imperio, aunque fuese contra su gusto. El emperador León no pudo sufrir reinar él solo sin que reinase su padre: y así se quitó la corona de la cabeza y se la puso a él. Salomón, ¿qué no hizo con su madre, aun cuando le venía a pedir una cosa bien imprudente que le estaba muy mal? Levantose el rey de su silla, fue a recibir a su madre; hincó las rodillas e hízola sentar en su trono, dándola la mano derecha y ofreciéndola hacer cuanto le pedía. No había de ser Jesús más seco y desamorado con su Madre; no le sufre el Corazón negarla nada, pasando por cuanto le pide, ni le sufrió tampoco el Corazón reinar Él a solas, sino que la coronó también por Emperatriz y Señora de todo lo criado, como Él lo es legítimamente por la unión de su santísima humanidad a la persona del Verbo. El mayor gozo que tenía Coriolano, insigne capitán romano, fue del gusto de su madre, y que ella se complaciese en él y no negarla nada que pedía. Estando una vez muy airado con Roma, queriéndola destruir, no tuvieron otro remedio los romanos sino que le saliese su madre al encuentro, a la cual en viéndola la dijo: "Conquistado habéis, madre, y

vencido mi enojo: yo perdono por tu respeto a mi patria y te hago merced a ella no destruyéndola, aunque con tan justa causa estoy airado con ella". Pues, ¿Jesús había de respetar y querer menos a su Madre y perseverar enojado en su presencia? Por cierto no es esto para entenderse con facilidad por los hombres.

Allégase que María, no sólo fue Madre corporal de Cristo, sino (como dice San Agustín) espiritual también; porque no sólo concibió en sus entrañas a la Cabeza y Salvador de todo el cuerpo místico de la Iglesia; sino que en el corazón concibió a todos sus miembros, mostrándose madre de ellos en espíritu, cooperando con su inmensa caridad a que naciesen en la Iglesia fieles; porque así como en la creación del género humano, no sólo hizo Dios a Adán, sino que le dio a Eva por compañera y ayuda, para que fuese madre de todos los vivientes, así en la redención quiso nuestro buen Jesús tener compañera y ayuda; y ¿a quién mejor que María, Madre suya? porque fuese espiritualmente y con más verdad Madre de los vivientes eternamente, Madre del siglo venidero; y así la ama, no sólo como a Madre de su cuerpo natural, sino de todo su cuerpo místico, esto es, de todos los santos,

redimiendo a ella la primera de todos con especialísimo modo, por la preservación de todo pecado original y actual, y viniendo antes a redimir a ella que todo el resto del linaje humano.

Pues el amor de esposo, ¿qué finezas no ha hecho? ¿Jacob, qué no hizo por Raquel? El servir como esclavo tantos años le parecía todo poco por la grandeza de su amor. El rey Asuero a una pobrecita cautiva levantó a la majestad de su trono y cetro, y no negó nada que desease, dando libertad, por habérselo pedido ella, a todo el pueblo. ¿Pues había de ser más mezquino el amor del Espíritu Santo, Esposo amoroso de María? ¿Cómo podía dejar de dar la jurisdicción sobre todas sus gracias a la que escogió por dulce compañera y ayudadora a la obra de glorificación de los hombres? Llenola de su gracia muchas veces, porque aunque una vez se cuente que vino sobre los Apóstoles después de subido Cristo a los Cielos, y haber merecido su venida con su muerte; pero para venir sobre María no le sufrió la grandeza de su amor aguardar tanto; aun antes que Cristo muriese, y aun antes que naciese, vino sobre ella, como el ángel San Gabriel lo dijo, y aun antes que naciese la misma Vir-

gen; porque en el vientre de su Madre, al mismo punto que tuvo ser, la llenó de gracia y dones suyos, y dio riquísimas arras, y entregó después todos sus dones, para que por su gusto los repartiese, siendo María como las manos y la limosnera del Espíritu Santo.

No ha obrado menos que todo esto el amor a la patria, por cuyo bien muchos quisieron morir, antes en parte es mayor y más obligatorio por cuanto en ella se mira el bien público, que se debe anteponer a todo el bien particular. Pues el amor que toda la Santísima Trinidad tiene a María, no es mirándola el Padre eterno sólo como a hija, ni el Hijo sólo como a Madre, ni el Espíritu Santo sólo como a Esposa, sino como a bien público y descanso y paraíso común de todas las tres Personas divinas, en quien todas se solazan y recrean dentro de su alma. Bien público es María, porque es bien para Dios, para los ángeles, para los hombres, para toda la naturaleza; y así el Padre Eterno se enternece con ella, y la ama, no sólo como a su Hija primogénita, sino como a Madre admirable de su Hijo, y Esposa tierna del Espíritu Santo, y templo y paraíso común de todas las tres Personas, y bien general de todas sus criaturas. El mismo respeto tienen el

Hijo y el Espíritu Santo amando a María, no sólo como Madre y Esposa, sino como Hija del Padre y bien universal de todo el mundo y descanso suyo, teniéndola por tálamo de su amor, por trono de su Majestad, por tabernáculo de su inmensidad, por templo de su Santidad.

De aquí se verá en qué modo no faltará en Dios aquel linaje de amor que se funda en aquel provecho y utilidad respecto de María, porque no hay criatura más útil para Dios; porque si bien a Su Majestad nunca le faltó ni le falta nada, ni ha menester cosa, ni recibe comodidad de sus criaturas; pero tiene tanto amor a los hombres, que la utilidad nuestra la pretende como propia y la tiene como tal, y se huelga de que le den gloria todas las naturalezas racionales. Pero no ha hecho ni hará criatura que le haya sido causa de mayor gloria, que lo es María, ni que sea de más provecho a los hombres; y así como lo que interesa a Dios en la Virgen es tanto, es infinito lo que la estima y quiere más, sin comparación, que a todo lo criado. Porque, fuera de lo que es ocasión que otras criaturas glorifiquen a Dios, la gloria sólo que a ella le da, las gracias que le hace, los loores con que le engrandece, es más que cuanto en esta parte hacen los nueve coros de

los ángeles y ejércitos, y los demás bienaventurados mártires, confesores y vírgenes. Véase lo que puede en nosotros el interés de cosas muy pequeñas, pues se arriesga la vida por ello; y se echará de ver por cuán bien empleada la diera el Hijo de Dios por sólo su Madre y por el interés de mayor gloria de Dios que de ella resulta. Y aunque respecto de la divinidad no puede haber con propiedad cosa que sea útil a Dios, y así en todo rigor no se hallará que Dios tenga este género de amor de utilidad; pero respecto de la humanidad de Cristo, fue verdadera y propiamente en todo rigor útil y provechosa la Virgen a su Hijo, por lo cual se puede decir rigurosamente, que es útil María a Dios su Hijo.

Tampoco falta en Dios con esta bella criatura y santísima alma, el más noble amor de todos, que es el de la verdadera amistad, cuando ni se pretende interés, ni le causa otra obligación, ni vive sólo de sangre, sino que se ama a una persona por sus buenas cualidades, su bondad y virtud, aunque no se interesase nada en esto, ni se le debiera amar por otro lado; porque es tanta la grandeza de bondad y de santidad de María, y la excelencia de su persona, que aunque no fuera Madre suya, ni tu-

viera Dios provecho alguno en ella, la amará más que a todos los santos juntos, ángeles y hombres, por su dignidad y santidad. Pues si cada título de amor de estos es tan vehemente, todos juntos, ¿qué harán? ¿Con qué incendio de caridad amará Dios a María? ¿Cómo podrá dejar de serle gran gusto, que amemos a quien tanto ama, a su Hija, a su Madre, a su Esposa, a su Paraíso, a su más estimada y provechosa prenda, al bien público del mundo, a la que causa más su gloria y salud de los hombres, a la que es más santa y pura que todos los espíritus y santos del cielo y de la tierra?

Y porque lo que se encomienda mucho en el amor es la antigüedad, la persona humana a quien primero amó Dios fue María, escogiéndola para sí, predestinándola antes que a todas las demás santas, y amándola más que al resto de la Iglesia. Y, porque es del que ama manifestarse a la persona amada, se descubrió muchas veces la Santísima Trinidad a María, viendo ella en vida claramente la esencia divina, con más gloria que los bienaventurados en el cielo; que fue gran señal del amor de la Virgen no guardase leyes con ella, dispensando a que viese a Dios como es en sí, estando ella en esta vida, y que fuese antes de

la muerte y resurrección de su Hijo. Abraham, David, Elías, Jeremías y los demás santos, patriarcas y profetas de la ley antigua, aun después de muertos y purgados sus pecados de la más mínima pena que debían, estuvieron aguardando la muerte de Jesús, para que les rasgase el velo, con lo cual pudiesen ver a Dios. Mas a María, aun en vida mortal se le anticipó la vista clara de Dios; y esto antes de la Pasión de su Hijo, que el amor que Dios la tenía no sufría largas.

CAPÍTULO VI

Del amor que tienen todas las jerarquías de los ángeles a María Madre de Dios, y cómo los debemos imitar.

Si de esta manera ven los santos ángeles que ama Dios a María, ¿cómo podían ellos dejar de tomar su ejemplo y hacer aquello en que se esmera tanto su Criador, y darle este contento tan justo, como es que amen y sirvan a su querida criatura y su primogénita hija, a la

Madre de Jesús y Esposa amada de su divino amor, y Reina de los mismos ángeles? Por cierto que es para sacarnos los colores al rostro, ver nuestra vileza y desagradecimiento, que siendo María de nuestro linaje y recibiendo nosotros tantos beneficios de su mano, nos descuidamos en su servicio; y que los ángeles, con no interesar lo que nosotros ni ser de su linaje, se regocijan en el alma de hincar la rodilla a una doncella que es de extraña naturaleza, y menos noble que la suya. Por cierto, que aunque no hagan mucho en sujetarse a María por lo que les excede, como inmensamente en gracia y otros favores divinos, con todo eso es de estimar la humildad y llaneza de los más altos serafines, y cuán sin interés, sin envidia ni respeto propio, ni segunda intención, aman, sirven y se sujetan a una mujer que tienen por gran favor verse mandados de ella, y la tienen tal ley y estima de lo que les encarga, que a Santa Brígida le fue revelado ser el respeto y obediencia que tienen los ángeles a la Virgen tan grande, que antes quisieran padecer todas las penas del infierno que faltar un punto a lo que les ordena.

Los espíritus que más se esmeran en esta sujeción son los más altos, que tienen por gran

favor ser escogidos para servir a María y echarse a sus pies, y estar en su presencia; y esto aun cuando no era coronada en el cielo por Reina suya. Y San Gabriel, que es uno de los mayores espíritus, aun cuando no era madre de Dios, tuvo por singularísimo favor ser señalado para servir a tal Señora, y, como se cree, ser su principal ángel de guarda, porque muchos asistían perpetuamente a la que había de ser su Reina, que estarían con gran gusto en su presencia, admirados de tal criatura y tal santidad como en ella conocían; porque así como a la majestad de un rey pertenece tener mucha gente de guarda que le acompañen, así María, Reina de los cielos, había de tener muchos ángeles que la asistiesen y siguiesen dondequiera que fuese. Por cierto que sería de ver aquel acompañamiento que harían cuando subía por las montañas de Judea a la casa de Zacarías, o cuando iba con San José a empadronarse y pagar tributo al César: el cual nunca tuvo tal acompañamiento ni triunfo en Roma como tuvo aquella humilde doncella en los desiertos. ¿Qué cosa de mayor admiración sería (si a uno se le abriesen los ojos del alma) ver millares de millares de espíritus siguiendo a una pobrecita? Mas los ángeles no se desde-

ñaban de servir y acompañar como humildes esclavos a la que se tuvo por esclava del Señor, e iba a obedecer a un hombre tirano.

Pero entre los ángeles que más se preciaron de ser criados de María, y que hicieron mayor honra de servirla, fue San Gabriel, como he dicho; lo cual es tanto más para movernos y edificarnos su devoción y afecto, cuanto era de los más supremos espíritus y de los privilegiados y exentos del oficio de guardar a los hombres y tratar con ellos y traerles recados, que es cargo de los ángeles de las órdenes inferiores: con todo esto, este altísimo espíritu no reparó en su dignidad y privilegio, sino que, cediendo de su derecho, quiso abatirse a estos ministerios menores, no sólo a ser guarda y traerla recados de Dios, que esto no era mucho, pues era tanto mejor que él su Reina, pero para con cualquier otro hombre, como fuese cosa que por cualquier lado tocase a su Reina o fuese negocio que le perteneciese; y así, vino a hablar a Daniel, a Zacarías profeta, a San José y Zacarías padre de San Juan. Cierto que fue grande la devoción y ley de este gran ángel con María, que no quiso que se pasase servicio alguno que no fuese por su mano e interviniese por sí

mismo, sin fiarlo de otros ángeles a quien suelen someter los superiores semejantes recados. Sin ser el ángel de guarda del pueblo de Dios, era el procurador de sus negocios y de su bien más que si fuese su ángel custodio, porque de aquel pueblo había de nacer la Virgen; y así, viniendo el ángel de Judea con la medida de la grandeza de Jerusalén, que había alcanzado de Dios se reedificase, le salió al encuentro San Gabriel, pareciéndole poco aquella medida, y consolando a Zacarías con que mucho mayor se había de reedificar aquella ciudad en que había de nacer María, que no se había de estrechar a límite de muros; y hablando con los de Judea, les dice: "Quien os tocare, será como tocarme a mí en las niñas de los ojos"; teniendo por gran favor le cometiese Dios la venganza de aquellas naciones que habían injuriado y quitado el reino a los antecesores de aquella doncella a quien él había de servir, guardar y adorar como a su Reina y Madre de Dios. El fue el que empezó a tratar con Dios y recabar la libertad de aquel pueblo, sin tocarle por oficio. Él, con oraciones fervorosas y con razones que alegó, venció al ángel del imperio de los persas; esto es, le convenció ser la voluntad de